

Buenos Aires, 10 de mayo de 2013

Estimados colegas y estudiantes:

Esta semana ha comenzado una nueva etapa de trabajo en el Departamento de Historia. Se trata de una gran responsabilidad, porque hay mucho por hacer. No es éste el lugar para un largo balance de lo sucedido en los últimos meses, en los últimos años, o en las últimas décadas: todos sabemos que la carrera no está bien. Sólo pretendo, en esta primera comunicación, poder compartir con ustedes los tres grandes parámetros que quiero que orienten el trabajo en esta etapa: democratización, institucionalización, cualificación.

Es probable que algunos consideren que uno de estos parámetros es más importante que los otros. Y podría demostrarse que, en ocasiones, se los ha contrapuesto como cuestiones antagónicas. Yo creo, en cambio, que son absolutamente articulables, y que incluso –en el contexto académico– no puede pensarse en uno sin los otros.

Democratizar las prácticas académicas no puede ser votar, de un modo u otro, autoridades cada dos años. Democratizar aquí tiene que ser participar –en el sentido de tomar parte y no de quedarse con una parte– de la vida académica, una vida a la que vertebran ciertas pautas institucionales, que pueden remodelarse pero no ignorarse, por negación o por desconocimiento.

Es indudable que, desde hace tiempo, la Facultad se debe una discusión sobre los reglamentos de Juntas Departamentales, que abra y potencie el juego representativo. En nuestra carrera, ese reclamo se está haciendo cada vez más visible, y hay que avanzar en ello. Y hacerlo atendiendo también a otro conjunto de demandas, que se manifiestan de diverso modo, pero son tan legítimas como la primera. Es necesario retomar ahora mismo y ya no abandonar la discusión por la reforma del plan de estudios, un plan cerrado en un mundo lejano y, de hecho, anterior al nacimiento de la mayor parte de los actuales estudiantes de la carrera. Es necesario que el Departamento de Historia logre planificar –antes y después de esa reforma– la oferta de materias en función de las necesidades reales, lo que incluiría la organización de lo existente y la ampliación del juego, para generar nuevos espacios que potencien la pluralidad, pero eviten una proliferación descontrolada que suele ser efecto de los intereses particulares por sobre las demandas colectivas. Es necesario redoblar la política de concursos docentes así como de todas las formas de validación que acompañen y regulen los procesos de selección de profesores y auxiliares, y que garanticen el acceso a la docencia por la vía de la calidad

académica y la regulación institucional. Y es necesario, en un marco cristalino de equidad, avanzar en el proceso de asignación de rentas a los docentes que aún trabajan de modo gratuito.

Algunas de estas cuestiones pueden afrontarse dentro de nuestra carrera. Otras deben encararse en el marco mayor de nuestra comunidad de pertenencia, que es la Facultad de Filosofía y Letras, a su vez parte de la Universidad de Buenos Aires. Para unas como para otras, necesitamos tender puentes. Puentes entre todos los integrantes de la carrera de Historia, que generen consensos para avanzar en todas estas asignaturas pendientes que nos permitan hacer de Historia una carrera *pensada*. Y puentes con las otras carreras, respecto de las cuales, porque no somos ni menos ni más, podemos aportar y recibir propuestas que ayuden a construir esa comunidad mayor.

No me gustan los personalismos, mucho menos en posiciones directivas, pero no encuentro otro modo para terminar este primer mensaje que el que conviene a la primera persona del singular: yo espero que podamos avanzar en todos estos problemas, e invito cordialmente a quienes integran la carrera en su totalidad a tomar parte de esta etapa que comienza. Si logramos resultados, serán los resultados de todos.

Marcelo Campagno

Director del Departamento de Historia